

La obra que más se admiró de Salomón fueron las edificaciones de Jerusalén, que asombraron a los contemporáneos y a la posteridad. David había construido poco, pero mediante las riquezas y actividad de su sucesor, Jerusalén pudo rivalizar con las ciudades egipcias y fenicias más brillantes. Este nacimiento artístico no tuvo originalidad alguna. Egipto dio los modelos; Tiro, los arquitectos, canteros, adornistas y bronceístas. Pero la época era buena. Un estilo severo en los conjuntos, elegantísimo en los detalles, se había originado en Fenicia, bajo la influencia del arte egipcio. Muros lisos esmeradamente hechos constituían su alma. Revestidos de madera esculpida y dorada, innumerables aplicaciones de metal, vigorosa policromía, ricos tapices, daban a estas construcciones gracia y vida infinitas.

Del subsuelo de Jerusalén se extraía una piedra buena, el *maleki*, caliza dura, estimada todavía ahora. Pero la madera de construcción que producía Judea valía poco. Se celebró un tratado de comercio entre Hiram y Salomón. El metálico escaseaba e imperaba el cambio directo. Se acordó que Salomón diera a Hiram trigo y aceite para el gasto de su casa, y que en cambio le proporcionara éste toda la madera de cedro y abeto que necesitase. En el Líbano abundaban entonces estos árboles resinosos, que eran los mejores materiales de construcción del mundo. Los sidonios sabían cortarlos, llevar los troncos al mar y formar con ellos almadías que se dirigían a donde se quisiera. Salomón pagaba el trabajo de los obreros fenicios, y mandaba para ayudarles cuadrillas de israelitas, a los cuales se acostumbraba a esta labor.

Las almadías se llevaban a un punto de la costa cercano a Jerusalén, tal como Jaffa. Allí desataban la almadía los fenicios y la gente de Salomón se llevaba los troncos.

Esto representaba para Israel una prestación muy pesada, con cuya responsabilidad ha cargado el legendario Adoniram. En realidad, el peso de la mano de obra recaía principalmente sobre las poblaciones cananeas. Las cuadrillas se organizaban de manera que los hombres pudieran pasar sucesivamente un mes en el Líbano y dos en su casa. Los transportes se hacían en gran parte a brazo, y unos vigilantes armados con garrotes activaban la fuerza nerviosa de los desdichados entregados a esta labor.

Mientras tanto, los canteros perforaban el subsuelo de Jerusalén y sus cercanías. Se sacaban bloques enormes (para los cimientos de los edificios) de las canteras que hoy se ven debajo de Jerusalén, pero que entonces estaban fuera de la ciudad. Los fenicios cortaban la piedra con un arte maravilloso.

La primera edificación que ordenó el rey fue la del palacio de la hija del Faraón, y luego dio a la ciudad una muralla seguida, medio de defensa de que hasta entonces había carecido.

La ciudad se extendió rápidamente hacia el Oeste, llenó el vacío entre las dos colinas y cubrió la occidental, que era más ancha que la oriental.

Simultáneamente, el rey mandó reconstruir totalmente la casa fuerte, pero pequeña, que había bastado a la naciente monarquía de David, reconstrucción que duró trece años. Ciertos palacios de Karnak, de Luxor, y sobre todo el de Medinet-Abu, pueden dar alguna idea del palacio de Salomón.

Además de las construcciones citadas, Salomón levantó también quintas de recreo en el Líbano, quizás en el valle del Jordán superior, por la parte de Hasbeya, que fueron llamadas «Delicias de Salomón». La vida humana (por lo menos la semítica) había sido tan austera hasta entonces, que esta circunstancia de que un hombre satisficiera todos sus caprichos, pareció extraño, nuevo y hasta impío. Se consideró una edad de oro materialista, de esplendor engañoso, aquel tiempo en que «el dinero era en Jerusalén tan abundante como las piedras, y los cedros tan numerosos como los sicómoros de la llanura». Se reunió como en un sueño todo lo que un lujo infantil exige y ama: oro, pedrerías, perfumes, vasos cincelados, caballos, carros y trajes ostentosos. Surgió una leyenda, llena a un tiempo de cólera y de nostalgias sobre estos cuarenta años de vida profana, en que, dejando latente su vocación religiosa, Israel encontró que era hermoso disfrutar.

El hermoso episodio (probablemente legendario) de la reina de Saba sirvió de marco a esta primera edición de *Las mil y una noches*. El hombre, al envejecer, gusta de recordar un estado de imaginación en que ninguna filosofía turba sus aficiones de adolescente. Un rey, sabio y voluptuoso a la vez, hombre de mundo favorecido por revelaciones celestiales, y una reina que viene desde un extremo del mundo para admirar su sabiduría y desahogar su corazón con él; un serrallo hiperbólico junto al primer templo levantado al Eterno, todo esto, con el «Cantar de los Cantares», constituye la parte alegre y risueña de la ópera sombría que creó el genio hebreo. Horas hay en la vida más religiosa destinadas al descanso a la orilla del camino, para olvidar los deberes severos, para distraerse un momento, como las mujeres del serrallo de Salomón se distraían con las perlas y los loros de Ofir.